

El zapatero y los duendes

Hace algún tiempo, vivían por aquí un zapatero y su mujer. Eran épocas difíciles, pero con mucho esfuerzo el hombre había comprado dos piezas chicas de cuero para hacer con ellas un par de zapatos y así ganar algo de dinero.

Enseguida se puso a trabajar con sus herramientas, pero avanzaba muy lentamente. Al llegar la noche, dejó el trabajo sin terminar, comió un plato de arroz y se acostó a descansar.

Al día siguiente, las piezas de cuero ya no estaban. En su lugar había unos zapatos delicadísimos: de color chocolate claro y horma estrecha.

Esa misma tarde, el zapatero vendió los zapatos y, con el dinero, compró cuatro piezas de cuero, que de inmediato comenzó a trabajar hasta bien entrada la noche. Al día siguiente, encontró dos pares de zapatos igualmente finísimos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó el anciano a su mujer.

—¡No lo sé! ¿Será una broma?

—Ya lo sabremos.



Lo mismo pasó una y otra vez. El hombre y su mujer lograron juntar bastante dinero, pero el misterio los intrigaba cada día más. Hasta que una noche, muy tarde, oyeron ruidos. Sigilosamente, se acercaron al taller y espionaron desde atrás del ropero.

A la luz de una antorcha, vieron seis pequeños duendes que, con agujas, sierras y garrotes, trabajaban el cuero y fabricaban esos zapatos preciosos; estaban apenas cubiertos con unos pedazos de tela raídos y bostezaban a cada rato. Al amanecer, terminaron su tarea y se fueron en silencio.

—Tenemos que ayudarlos —dijo entonces la mujer.

Compró el mejor terciopelo que encontró y cosió chalecos, pantalones y gorros para los duendes. Por la noche, dejó las prendas en el taller y, junto a su marido, se quedó en la cocina esperando. Los duendes aparecieron tarde y, cuando en lugar de cuero encontraron la ropa, se vistieron con ella y se pusieron a cantar:

*Estas no son ropas para trabajar,
¡mejor vamos a bailar!*

Dicho y hecho. Los duendes bailaron toda la noche y, al amanecer, se fueron tan misteriosamente como habían llegado. El zapatero y su mujer jamás los volvieron a ver, pero cada tanto les dejan nuevas prendas de abrigo.

Versión libre de Ariela Kreimer del cuento recopilado
por los hermanos Grimm.

